Las mafias italianas durante el fascismo

MATTEO RE[1]
Universidad Rey Juan Carlos
matteo.re@urjc.es

Introducción

Una vez terminada la Primera Guerra Mundial, Italia se vio envuelta en una serie de revueltas populares de orientación socialista y anarquista que tomaron el nombre de «bienio rojo», ya que se concentraron en los años 1919 y 1920. El foco de esas sublevaciones se encontraba en el triángulo industrial formado por las ciudades de Génova, Turín y Milán. Los trabajadores, a través de manifestaciones que, a veces, desembocaban en actos de violencia, reivindicaban mejoras en las condiciones de trabajo, en sus salarios y en la seguridad laboral.

La inspiración de las huelgas, que pronto se propagaron a las áreas industrializadas, era filobolchevique. Así, los consejos de fábrica tenían una orientación inspirada en los *soviet*, basada en la autogestión de los obreros frente al despotismo de la patronal. Su poder había aumentado hasta tal punto que podían llegar a conseguir el despido de los que consideraban enemigos de clase, además de intervenir directamente en el control de producción de la empresa, convirtiéndose en instrumentos de gestión directa de las fábricas.[2]

Las huelgas aumentaron y la autogestión de las empresas se convirtió en una forma original de protesta. Los sindicatos tradicionales se vieron sobrepasados por los consejos y temieron por su existencia. Sin embargo, eso no ocurrió. Tras un breve periodo de debilidad, la Confederación General del Trabajo (CGDL), de orientación socialista, y la Confederación Italiana de los Trabajadores (CIL), católica, llegaron a sumar tres millones de afiliados.

En el campo, se vivía una parecida situación de revuelta. Los campesinos se adueñaron de las tierras que trabajaban, reivindicaron la asignación de las que se quedaban sin cultivar y lograron lo que se denominaba el «imponible de mano de obra», es decir, la obligación por parte de los terratenientes de contratar mano de obra incluso en periodos del año de baja o nula actividad. De esta forma, los agricultores se garantizaban un sueldo durante

1 Este artículo se enmarca en el grupo de investigación de alto rendimiento en libertad, seguridad y ciudadanía en la orden internacional de la Universidad Rey Juan Carlos.

2 S. Lanaro, *Nazione e lavoro*, 1979, p. 221 y ss.

los doce meses. La pequeña burguesía ciudadana se sumó a las protestas. Lo hizo con contundencia, quejándose de los continuos recortes salariales.

En política, el Estado liberal, que había dominado la escena institucional en los primeros quince años del siglo, salió de la guerra muy debilitado. Las fuerzas nacionalistas y socialistas le habían ganado terreno. Giolitti, el líder de ese sector político, a pesar de volver a imponerse en las elecciones de 1919, no obtuvo la mayoría absoluta, como sí logró en 1913. Precisamente, un gobierno débil era lo que Italia no podía permitirse en un periodo en el que los retos eran muchos y muy delicados. Los vientos revolucionarios que soplaban de Rusia asustaban a la burguesía, especialmente a la industrial, que estaba viviendo un momento de fuerte expansión al que, obviamente, no quería renunciar. Los empresarios llegaron a pedir al gobierno una respuesta represiva contundente, opción a la cual Giolitti se opuso con firmeza. Sin embargo, la crisis del liberalismo estaba cada vez más próxima.

A esta delicada situación interna se sumaba, a finales de 1920, una crisis económica internacional que conllevó el aumento del desempleo, debido también al regreso de muchos soldados del frente, una vez finalizada la guerra, a los cuales había que proveer proporcionándoles un oficio. El gobierno, lejos de favorecer la reinserción laboral, había presionado aún más a aquellos colectivos, aumentando los impuestos y las obligaciones. A esa situación ya de por sí complicada, se fue sumando la aparición de los *Fasci di combattimento* de Benito Mussolini.[3]

El fascismo al poder

El futuro líder del fascismo italiano, Benito Mussolini, provenía del socialismo revolucionario. Con 29 años ya había destacado, en 1912, como figura política de relieve. Tanto es así que se empezó a hablar de él como de uno de los posibles jefes del Partido Socialista Italiano (PSI). Cuando logró imponerse como director del periódico socialista *L'Avanti!,* su influencia se disparó. En contra de lo que defendía el PSI, una vez comenzada la Primera Guerra Mundial, apoyó la intervención de Italia en la contienda. Su belicismo lo llevó a ser expulsado del partido. Durante la contienda, Mussolini culminó su trayectoria hacia el nacionalismo más extremo y revolucionario, combatiendo en primera línea. A la lucha de clases oponía la superioridad de la nación. En marzo de 1919, fundó los *Fasci di combattimento*, una organización política que se convertiría en la antesala del Partido Nacional Fascista y cuya base estaba conformada por veteranos de guerra.

Tras las elecciones de 1919, que ganaron los socialistas liderados por Nicola Bombacci (futuro cofundador del Partido Comunista Italiano que

3 E. Gentile, *Fascismo*, 2004, p. 28.

acabó acercándose al fascismo), Mussolini promovió un cambio de rumbo que llevaría a los *Fasci* a acercarse al proletariado burgués —industrial y agrario— y a la clase media en general. En el congreso de Roma, celebrado en noviembre de 1921, los *Fasci di combattimento* se convirtieron en partido político bajo el nombre de Partido Nacional Fascista (PNF), cuyos dogmas eran el amor visceral por la patria, el corporativismo —es decir la unión de clases en detrimento de la lucha de clases—, la división jerárquica del poder y el espíritu de lucha como sacrificio supremo para la nación. Un año después de su fundación, el Partido Nacional Fascista ya contaba con más de 200.000 afiliados.

Casi al mismo tiempo, nació el Partido Comunista Italiano, creado por la escisión de la corriente de extrema izquierda del Partido Socialista Italiano. Era el año 1921 y sus fundadores, y primeros líderes, fueron Amadeo Bordiga y Antonio Gramsci (además de Bombacci, como ya vimos anteriormente). Por otra parte, ya en 1919, del frente católico había surgido el Partido Popular Italiano, liderado por el sacerdote Luigi Sturzo y respaldado por el Papa Benedicto XV. Los liberales ya estaban de capa caída.

Frente a los continuos problemas sociales, a una crisis económica desbordante y a una inestabilidad política preocupante, Mussolini decidió hacer valer la fuerza de su partido y de los que lo apoyaban y marchar sobre Roma. El 28 de octubre de 1922 exigió, *manu militari*, el poder que los italianos no le habían brindado en las urnas en el plebiscito de mayo de 1921.[4] El rey Víctor Manuel III, alertado por la movilización armada de unas 25.000/30.000 personas (los policías encargados de la seguridad ciudadana eran 28.400) optó por ceder a la petición de Mussolini y concederle la posibilidad de formar un nuevo gobierno. Fue la tumba del Estado liberal italiano y el comienzo del *ventennio* fascista, es decir de los veinte años dominados por Mussolini y sus hombres.

El *Duce*, acto seguido, constituyó el Gran Consejo del Fascismo, un órgano interno al partido, cuyo poder pronto superó al del Parlamento. Cuando, dos años después, los ciudadanos italianos con derecho a voto fueron llamados a depositar su papeleta en las urnas, el apoyo electoral al PNI fue abrumador (65%). El clima intimidatorio y la violencia generalizada fueron dos características fundamentales en esas consultas. Esa violencia sectaria de los fascistas culminaría pocas semanas después de las elecciones con el secuestro y posterior asesinato del socialista Giacomo Matteotti, líder del tercer partido más votado (5,9%) que había denunciado frente al Parlamento irregularidades en el proceso electoral. La reacción popular a esa barbarie

4 En las elecciones de 1921 los fascistas se habían presentado juntos con los Bloques Nacionales de Giovanni Giolitti, es decir, con los liberales. Esa coalición fue la tercera más votada. Logró 105 diputados, 35 de los cuales eran fascistas (incluido Mussolini).

fue lo único que hizo vacilar al Partido Fascista. Sin embargo, Mussolini logró mantenerse en el poder, lo que lo llevó a radicalizar su movimiento y dirigir a Italia hacia una dictadura.

Con el famosísimo discurso pronunciado en la Cámara de los Diputados el 3 de enero de 1925, Mussolini asumía la responsabilidad «moral» (que no material) del asesinato y aprovechaba esa comparecencia para dejar claro que el fascismo inauguraba esa nueva fase totalitaria.[5]

Los terratenientes sicilianos cambian de rumbo

Pasemos ahora a Sicilia, para analizar cuál fue la respuesta de la mafia a la llegada del fascismo. Por lo general, a los mafiosos no les resultaba incómoda la llegada al poder del *Duce*, por lo menos al principio de su mandato. Aun así, es cierto que los palermitanos participaron del «bienio rojo» de manera activa. Ejemplo de ello fue la huelga general del 5 de julio de 1919, en protesta contra el aumento del coste de la vida, desembocó en actos violentos y dividió la ciudad. Una vez terminada la guerra, acabó también un periodo durante el cual los mafiosos que lograron no participar en la contienda se lucraron dedicándose, sobre todo, al abigeato, una de las actividades que la mafia ya llevaba a cabo, pero que se disparó entre 1915 y 1918 por la venta de ganado al ejército italiano. A los terratenientes no les quedó más remedio que confiar en la protección de otros mafiosos, ya que el Estado brillaba por su ausencia. Por lo tanto, unos mafiosos protegían a los terratenientes de otros mafiosos, en un círculo vicioso en el que siempre vuelve a aparecer la mafia, bien porque es la responsable de los robos, o bien porque cobra a los propietarios para protegerles su ganado (y en general sus tierras). La Policía de aquel entonces no tenía medios y contaba con pocos efectivos para mantener el orden. Por otra parte, para que se perpetuara el sistema feudal imperante en Sicilia todavía en aquella época (y que perduraría hasta prácticamente después de la II Guerra Mundial) la mafia fue un elemento fundamental de control social. El mafioso protegía al señor feudal y este creaba poco a poco su propio poder personal. Por un lado, por lo tanto, estaba el mafioso-bandolero, que usaba la fuerza para proteger a su señor, y, por el otro lado, estaba el señor que acababa entrando en las dinámicas mafiosas de beneficiarse de una protección privada que prescindía de la protección que tenía que haberle brindado las fuerzas del orden del Estado.[6]

Durante la guerra, los militares más valientes y preparados estaban en el frente (o en lugares de mando) y no patrullando la campiña palermitana,

5 R. De Felice, *Mussolini il fascista*, 2005.
6 D. Gambetta, *La mafia siciliana. El negocio de la protección privada*, 2007.

que se quedó desprotegida. Otra actividad muy lucrativa en ese periodo fue la falsificación de licencias para librarse de ir a la guerra. El bandolerismo también había aumentado, debido a los desertores que se habían escondido en el interior de la isla, organizándose para llevar a cabo acciones ilegales que les permitieran sobrevivir en la clandestinidad.

Terminada la contienda, a nivel de política nacional, las propuestas que llegaban de socialistas y católicos se inclinaban por desmantelar el latifundio siciliano. Los terratenientes entendieron que la única alternativa posible para mantener el *statu quo*, frente a un partido liberal cada vez más debilitado, era confiar en ese movimiento que Mussolini acababa de crear. Ese acercamiento, lejos de ser un contubernio mafia-fascismo, fue algo que nació de manera casi inevitable. Los hombres de honor buscaban exclusivamente su beneficio personal, sin aspiraciones políticas. En una situación en la que los viejos «amigos» liberales se encontraban en la cuerda floja, los socialistas se empeñaban en aumentar el poder de las cooperativas agrícolas y los católicos proponían un reparto más justo de las tierras, a los grandes propietarios mafiosos no les quedaba más remedio que acercarse a la opción que menos les perjudicara. Por otra parte, los rasgos fuertemente norteños del primer fascismo originaron ciertas sospechas y descontento entre muchos aristócratas sicilianos, que hubieran preferido cortar para siempre ese cordón umbilical que les mantenía atados a Italia.

Por su parte, Mussolini no podía aceptar que una oligarquía mafiosa siciliana promoviera una especie de gobierno paralelo, basado en reglas y códigos propios. Por ese motivo, llevó a cabo en Sicilia una renovación política, colocando a hombres de confianza en los lugares de poder, y acabó enfrentándose a la mafia.

Cesare Mori, *il prefetto di ferro*

Se cuenta una anécdota curiosa en relación con un viaje diplomático de Mussolini a Sicilia. En mayo de 1924, el *Duce* fue a Piana dei Greci (ahora Piana degli Albanesi), donde se reunió con el alcalde, Francesco «Ciccio» Cuccia, cuya afiliación a la mafia era notoria y cuyo historial policial incluía diferentes crímenes, incluso algunos asesinatos, de los que siempre logró escabullirse. Nada más llegar a esa pequeña localidad, Mussolini fue recibido por Cuccia, quien le instó a que prescindiera de sus escoltas. El alcalde justificó esa osadía afirmando: «¡en mi compañía no tiene Usted nada que temer!». Al ver que Mussolini no tenía ninguna intención de deshacerse de sus guardaespaldas, el alcalde, molesto por esa desconfianza, ordenó que ninguno de los ciudadanos presenciara el discurso que el *Duce* iba a dar en la plaza del pueblo esa misma tarde. Y así efectivamente ocurrió. Mussolini, indignado y ofendido, antes de regresar a la capital, se reunió en

Palermo con el jefe de policía al que le pidió explicaciones sobre la situación de la isla. La respuesta del militar fue desalentadora:

> Sicilia está controlada por la mafia, la autoridad del Estado aquí no tiene ningún poder, la policía tiene que llegar a un acuerdo con los criminales porque son ellos los que resuelven los problemas y administran la justicia; la organización tiene jefes y súbditos en todas las clases sociales, controla la vida política y la economía.[7]

Se dice que, una vez en Roma, Mussolini puso en marcha un plan para eliminar a la mafia. Nombró a Cesare Mori, exjefe de policía de la provincia de Trapani, responsable de esa complicada tarea.[8] Insobornable hasta el extremo, Mori no se había afiliado al primer fascismo; como jefe de la policía de Bolonia se había opuesto con determinación a las represalias de los *Fasci di Combattimento* y de los paramilitares (*squadristi*) más violentos de la ciudad. Antes de la marcha sobre Roma ya se había jubilado. Pero Mussolini, conociendo su rectitud, su incuestionable valentía en las operaciones llevadas a cabo en Sicilia, y a pesar de que este no comulgara con la doctrina fascista, le instó a volver al servicio para derrotar a la mafia. A la vuelta de esa triste visita al sur del país, el *Duce* dio carta blanca al nuevo jefe de policía de Trapani y, unos meses más tarde, de Palermo.[9]

El impacto de Cesare Mori en Sicilia fue enorme: mandó acto seguido detener a 300 hombres, y los periódicos ya hablaban de golpe mortal a la mafia. Sin embargo, fue el propio Mori quien aclaró que:

> [...] Bandidos y mafia son dos cosas diferentes. Nosotros hemos reducido a los primeros que, sin duda, son la cara más visible del hampa siciliana, pero no la más peligrosa. El verdadero golpe a la mafia lo daremos cuando se nos permita investigar no solamente entre las higueras, sino en las comisarías, en las grandes casas señoriales y, por qué no, en algún ministerio.[10]

7 F. Petrotta, *Politica e mafia a Piana dei Greci da Giolitti a Mussolini*, 2001.

8 Muy recomendable la lectura de las memorias del policía C. Mori, *Con la mafia ai ferri corti*, 1993.

9 En un principio Mori fue destinado a la comisaría de Trapani (de junio de 1924 a octubre de 1925) y más tarde a Palermo. Llegó al mando de la comisaría de la capital de la isla con poder absoluto en todo el territorio. El *Duce*, en un escrito dirigido personalmente a Mori, le instó a que utilizara cualquier método para restablecer el poder del Estado en ese lugar, aludiendo incluso a la posibilidad de promulgar unas leyes especiales para lograr ese cometido. A pesar de no ser fascista, el Duce admiraba a Mori por su valor y su seriedad y siempre lo apoyó, incluso cuando el policía utilizó métodos más radicales para lograr sus objetivos de aniquilar a la mafia.

10 *Ibidem*.

El sitio de Gangi

Mori vivió en Sicilia hasta 1929. Luchó contra la mafia sirviéndose de métodos que fueron criticados debido al uso de la violencia para lograr que los detenidos confesaran sus crímenes. La acción más espectacular que lideró fue el sitio de Gangi, un pueblo a unos 120 kilómetros de Palermo.

En la noche del 1 de enero de 1926 nevaba cuando los hombres de Cesare Mori entraron en acción. Ochocientos entre policías y *carabinieri* llevaron a cabo uno de los ataques más contundentes jamás realizados contra la mafia. En ese pueblo, perdido en las montañas, vivían muchos hombres que pertenecían a todos los estamentos de la organización. Los militares cercaron el pueblo y se mantuvieron a la espera de que alguien se rindiera, pero nadie abandonó su escondite. A la mañana siguiente, el pregonero se paseó por las calles desiertas gritando este bando:

> Ciudadanos de Gangi, Su Excelencia Cesare Mori, Jefe de Policía de Palermo, ha enviado al alcalde de Gangi el siguiente telegrama: ordeno a todos los que huyen de la justicia en este territorio que se rindan antes de las doce horas siguientes a la lectura de este comunicado. Una vez concluido este plazo se procederá contra sus familias, sus propiedades y contra cada uno de los encubridores.[11]

El ultimátum no surtió ningún efecto, nadie claudicó y Mori decidió atacar. Los militares entraron en la ciudad echando abajo las puertas de cada casa y llevándose esposados a todos los hombres que encontraban. El Prefecto de Hierro (*Prefetto di ferro*), tal y como se le denominaría a partir de esa acción, no parecía estar satisfecho con la «caza»; aún quedaban muchos mafiosos escondidos, especialmente los más peligrosos y de mayor rango. Para que salieran de sus «guaridas», el militar hizo difundir el rumor de que los policías estaban aprovechándose de las mujeres del pueblo (de las novias y esposas de los mafiosos escondidos) y, al mismo tiempo, procedió a sacrificar el ganado de los criminales en la plaza del pueblo, regalando la carne a los habitantes que se acercaban hambrientos. El jefe de la mafia local se rindió al día siguiente y fue llevado a prisión, donde a las pocas horas se suicidaría lanzándose al vacío por el hueco de la escalera. En unos días, todos los mafiosos de Gangi se entregaron a la Policía y en

11 J. Dickie, *Cosa Nostra. Storia della mafia siciliana*, 2004, p. 174.

menos de diez días el pueblo estaba «limpio». Mori, el Prefecto de Hierro, había ganado su batalla.[12]

Pero la acción de Mori no terminó ahí. Encarceló a unas 16.000 personas entre las que había auténticos criminales mafiosos (se calcula que alrededor de unos 1.500), bandoleros, ladrones comunes, estafadores, pero también personas honradas e inocentes. Una de las críticas dirigidas más frecuentemente a la acción fascista contra la mafia (compartida por varios historiadores), además de los métodos extremistas utilizados que llevaron a la detención de inocentes, es que el régimen se centró solamente en los «peces pequeños», evitando atacar a los *capos* de la mafia. De haber continuado con mayor contundencia esa lucha, probablemente *Cosa Nostra* hubiera sido derrotada por completo.

Por otra parte, en las redadas coordinadas por Cesare Mori cayeron también mafiosos importantes, como el Vito Cascio Ferro, condenado a cadena perpetua, y fallecido en la cárcel en 1942; Calogero Vizzini y Antonio Lopez, jefes de Sicilia occidental e, incluso, el *capo* que había faltado al respeto a Mussolini en su visita a Piana dei Greci, Francesco «Ciccio» Cuccia. Pero el militar no se servía únicamente de la represión para intentar acabar con el crimen organizado en Sicilia; se empeñaba también en una profunda labor de persuasión hacia las nuevas generaciones, para convencerlas de que se alejaran de la mafia. Sus mítines en las diferentes plazas de Sicilia se hicieron muy famosos por los ataques a las principales familias de la mafia y sus llamamientos a los ciudadanos honestos para que no tuvieran miedo y colaboraran con la justicia. Él, desde luego, miedo no tenía. Además, fomentaba la legalidad y boicoteaba la ley del silencio (*omertà*), animando a que la gente se confesara, hablara, denunciara los hechos de la mafia y no protegiera a los criminales.

Mori destituido

El 4 de abril de 1926 se asestó otro duro golpe a la Honrada Sociedad. En el bufete del abogado Antonino Ortoleva Mori descubrió una gran cantidad de documentos que vinculaban a importantes hombres de la alta sociedad siciliana con la mafia. Entre ellos se encontraba Antonino Di Giorgio, exministro y, en ese momento, comandante del ejército en Palermo. A partir de ese momento, sin embargo, comenzó una campaña denigratoria en

12 El estudio demográfico del pueblo de Gangi es muy interesante. En 1911 la población era de 10.835 habitantes, cifra que venía descendiendo desde 1871, pero entre 1911 y 1921 sufrió un aumento muy considerable hasta llegar a 15.753 habitantes, para volver a bajar en los diez años siguientes una tercera parte. Es de suponer que, además de las obvias influencias migratorias, el aumento de la presencia mafiosa primero y la represión policial después tuvieron mucho que ver con esta fluctuación demográfica.

la prensa contra el que había sido el héroe de la lucha contra la mafia. Mori acusó a Alfredo Cucco, hombre de Mussolini en Sicilia, de estar detrás de esos ataques. Decidió contratacar y descubrió que no sólo ese dirigente fascista estaba involucrado en negocios poco limpios, sino que todos los demás cabecillas del partido en Palermo también lo estaban. El 27 de enero de 1927, se disolvió el *Fascio* de la ciudad en un polémico juicio en el que Cucco, sin embargo, acabó siendo absuelto.[13]

Mori se había convertido en un hombre demasiado poderoso, cuya figura, en la isla, ensombrecía al mismo *Duce*. Su integridad y su afán de justicia le costaron el cargo. El 23 de junio de 1929, recibió un escueto telegrama en el que se le comunicaba el cese de su mandato. Se justificaba esa medida debido a su edad (tenía solo 58 años) y se le agradecían los servicios prestados. El militar, con gran decepción, obedeció la orden de retirarse y desapareció de la escena. Mussolini hizo coincidir el cese de Mori con el final de la campaña fascista contra la mafia, cuyo resultado había sido la total derrota de dicha organización criminal. Parecía un triunfo del Estado fascista, aunque sabemos que así no fue. Es cierto que la labor de Mori, en tan solo cinco años, fue espectacular, sin embargo, su mandato terminó demasiado pronto como para que la mafia pudiera recibir un golpe final. Probablemente, si Mori hubiera continuado, la mafia habría acabado de verdad, pero durante los años treinta se reorganizó y penetró nuevamente en los entresijos de la sociedad siciliana y de su estructura política.

Terminan los años veinte

El año 1929 pasó a la historia de Italia, más que por la destitución del Prefecto de Hierro, por la firma de los Pactos de Letrán entre el Estado italiano y la Santa Sede. El Reino de Italia reconocía a la Ciudad del Vaticano bajo la soberanía del pontífice y la religión católica como única religión de Italia, mientras que, por su parte, el Vaticano aceptaba el Reino de Italia como legítimo. Una cuestión tan peliaguda como la intolerancia de un Estado dentro de otro Estado llegó a su fin después de más de sesenta años de negociaciones.

La década siguiente se abrió con la repercusión económica de la crisis de Wall Street. La euforia colectiva, que había llevado a miles de norteamericanos al engañoso mundo de la especulación bursátil, se detuvo el *Jueves Negro*, el 24 de octubre de 1929. La Bolsa de Nueva York se desplomó y comenzó el periodo de la Gran Depresión. Trece millones de acciones pasaron de un comprador a otro a precios cada vez más bajos, ya que los bancos habían bloqueado los créditos. En los días siguientes, los títulos

13 Sobre Cucco véase S. Lupo, *Storia della mafia*, 2004, pp. 212 y ss.

continuaron su tendencia a la baja. Más de 5.000 bancos quebraron y un gran número de pequeñas y medianas empresas cerró. La economía norteamericana se desplomó: los salarios cayeron un 60%, la producción disminuyó un 40%, casi trece millones de parados acabaron viviendo en una situación miserable. La economía había empezado a moverse a escala internacional, lo que hizo que la caída de la Bolsa de Nueva York repercutiera también en el resto del mundo. Los países más dependientes del capitalismo americano sufrieron un declive brutal en su nivel de vida. En Italia, entre 1929 y 1933, las cotizaciones bursátiles descendieron un 39%, los salarios un 20%, el comercio exterior un 60%, los parados pasaron de trescientos mil a un millón. Esa situación aceleró la creación del monopolio fascista, ese Estado autárquico, autosuficiente, en el que Mussolini pensó desde los primeros compases de su gobierno.[14]

De cara al exterior, el *Duce* quería emprender una campaña colonial de amplio espectro, orientada hacia una expansión en el Cuerno de África. Entre 1935 y 1936 el ejército fascista ocupó Etiopía. A nivel internacional, la acción suscitó un rechazo general, pero en política interna glorificó la imagen de Mussolini, que aprovechó esas conquistas para proclamar el Imperio Italiano, nombrando al rey Víctor Manuel III Emperador de Etiopía. Casi contemporáneamente a la invasión africana, Mussolini se implicó en la Guerra Civil Española. Ese conflicto, tan apartado del resto de Europa, se convirtió, sin embargo, en el eje diplomático y militar entre fuerzas fascistas y antifascistas. Los italianos se comprometieron al envío de armas y soldados, pero, desde Italia llegarían también muchos defensores de la República para alistarse en las Brigadas Internacionales, cuyo objetivo era contrarrestar la ofensiva de los generales Franco, Sanjurjo y Mola.

El conflicto español fue la antesala de la Segunda Guerra Mundial, fue el terreno en el que los diferentes ejércitos de tendencia ideológica opuesta se enfrentaron y pusieron a punto sus armas y estrategias.

Mientras tanto, Italia se había acercado a Alemania. Entre Hitler y Mussolini no había ese mutuo entendimiento ni ese aprecio que el eje Roma-Berlín primero (24 de octubre de 1936), y la alianza que los dos firmaron el 22 de mayo de 1939 después (Pacto de Acero), podían hacer creer. Sin embargo, Italia ya había comenzado su camino hacia el totalitarismo. Entre febrero y noviembre de 1938 aumentó el antisemitismo, que culminó con la aprobación de las leyes antijudías del 17 de noviembre de 1938. A partir de esa fecha, los aproximadamente 50.000 judíos italianos fueron discriminados y alejados de cualquier tipo de empleo público.

La política exterior de Hitler se hacía cada vez más agresiva y los equilibrios europeos se desmoronaban. Cuando los nazis invadieron Polonia, el

14 J. K., Galbraith, *Il crollo*, 2009, p. 52.

1 de septiembre de 1939, Francia, el Imperio Británico y el Commonwealth declararon la guerra al Tercer Reich. El mundo sabía que había comenzado un conflicto de larga duración en el que participarían muchos Estados, con un alcance superior al de la Primera Guerra Mundial.

Italia se mantuvo neutral durante los primeros compases de la contienda, a pesar de su vinculación con Alemania, como consecuencia de la firma del Pacto de Acero. La dinámica inicial había sido la siguiente: el Reich al haber atacado primero y no haber sido víctima de una invasión, provocaba que se eximiera al país transalpino de una inmediata intervención en la guerra. Menos de un años después, el 10 de junio de 1940, sin embargo, a Italia no le quedó otra opción que sumarse al conflicto, confiando (erróneamente) que acabaría pronto.

El desembarque de los Aliados en Sicilia y las sospechas de colaboración de la mafia

Durante la década de los años treinta la mafia siciliana parecía no existir. La labor de represión llevada a cabo por parte de Cesare Mori había dejado a esa organización criminal bastante afectada. Con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, ese equilibrio y orden impuesto por el fascismo se acabó resquebrajando. El segundo conflicto mundial fue para Italia una guerra dentro de la guerra. Por un lado, se libró una contienda contra los aliados, hasta el verano de 1943, y, por el otro, surgió un escenario totalmente diferente a partir de ese momento, que llevó al país a una guerra civil.

Tras una primera parte favorable a Alemania, la guerra no fue beneficiosa al ejército nazi, poco respaldado en los demás frentes por los italianos, cuyo ejército sufría graves embestidas ya desde el principio de la contienda. Por otra parte, la ofensiva de la URSS, primero, y la intervención de Estados Unidos, después, influyeron en el cambio de rumbo que dio la guerra. En enero de 1943, Italia perdió Libia (conquistada en 1911 durante el gobierno liberal) y, en julio, los aliados invadieron Sicilia. Fue a partir de este segundo momento cuando vuelve a hacer su aparición la mafia. Limitar la liberación de Sicilia de los nazi-fascistas a una colaboración secreta entre *hombres de honor* y ejército norteamericano sería proponer una visión que no refleja la realidad de los hechos. Sin embargo, no se pueden obviar las sospechas de que *Cosa Nostra* ayudó, efectivamente, a que las operaciones de desembarco se llevaran a cabo sin accidentes y sin el rechazo de la población.[15]

15 Sobre este tema se ha especulado mucho y numerosas son las publicaciones de las que destacaría las siguientes G. Casarrubea y M. J. Cereghino, *Operazione Husky*, 2013 (en este libro, a partir de la página 102, aparecen muchos documentos originales de la época de la Segunda Guerra Mundial vinculados con el desembarque en Sicilia) y G. Condorelli, *Operazione Husky, storia e cronaca dello sbarco in Sicilia*, 2011.

Para entender mejor lo que ocurrió, hace falta trasladarnos brevemente a Estados Unidos, a la cárcel de Clinton, en el Estado de Nueva York. Allí, en 1936, uno de los mafiosos italoamericanos más poderosos fue detenido y sufrió una larga condena por explotación de la prostitución. Salvatore Lucania, ese era su nombre, había nacido en 1897 en un pueblo del interior de Palermo y había emigrado a Estados Unidos con su familia a los nueve años. Una vez en Nueva York, se incorporó a un grupo de adolescentes con los que llevaba a cabo todo tipo de gamberradas, que pronto se convertirían en crímenes. Con el paso del tiempo, su poder fue aumentando y comenzó a codearse con los criminales más destacados de la época como Johnny Torrio, Frank Costello o el mismísimo Al Capone. Americanizó su nombre con el de Charles Luciano, también para que no se le identificara con su familia que lo desheredó por sus acciones ilegales. En los años de la Prohibición, aprovechando sus contactos en el puerto, se dedicó a abastecer a los *speakeasies* de la ciudad (aquellos bares ilegales y escondidos en la Gran Manzana donde se podía tomar una copa saltándose las reglas). Esa actividad le llevó a acumular una ingente fortuna. Al mismo tiempo, comenzó a dedicarse al negocio de la prostitución y a la venta de drogas, algo nuevo para la mafia norteamericana, que, hasta ese momento, se había centrado casi exclusivamente en el chantaje y en la extorsión. Fue un acontecimiento de 1929 el que le llevó a la fama: el 16 de octubre de ese año fue agredido brutalmente en la playa de Staten Island por unos desconocidos, seguramente afiliados a familias rivales, que le propinaron una paliza salvaje incluyendo varios navajazos que le desgarraron la garganta de oreja a oreja. Cuando, al cabo de unas horas, un policía lo encontró, dio por hecho que estaba muerto. Sin embargo, de manera casi milagrosa, el mafioso logró salvar su vida. A partir de ese momento, se hizo llamar Charles «Lucky» Luciano. Sin embargo, su suerte no duró demasiado, ya que el 1 de abril de 1936 fue detenido.

A pesar de encontrarse entre rejas, Lucky Luciano seguía manteniendo su poder, y se cree que fue por eso por lo que, en 1942, los servicios secretos de la Marina norteamericana se pusieron en contacto con él para pedirle su intercesión para acabar con los continuos sabotajes que sucedían en el puerto de Nueva York. El caso más asombroso fue el hundimiento del barco militar *Normandie*, que los franceses habían cedido al ejército norteamericano y que fue incendiado en el muelle en el que se encontraba atracado.[16] Luciano, a cambio de su colaboración, fue trasladado a una prisión menos dura y más confortable. Todo esto está ampliamente demostrado en decenas de documentos y declaraciones, pero, a partir de aquí, nos adentramos en un territorio resbaladizo en el que conviven evidencias y sospechas. Los

16 E. Frattini, *Mafia S. A.*, 2005, p. 125.

historiadores no llegan a un acuerdo sobre la veracidad de una ulterior colaboración entre Lucky Luciano y el ejército estadounidense con el fin de facilitar, un año más tarde, el desembarco en Sicilia. Su cometido pudo haber sido el de organizar una especie de frente interno de apoyo a los libertadores. A pesar de no tener pruebas evidentes, hay dos hechos que nos pueden hacer creer que efectivamente esa ayuda existió. Por una parte, podemos contar con algunas declaraciones realizadas durante la investigación Kefauver (1952) en las que algunos hombres del *Intelligence Service* norteamericano confirmaron ese extraño vínculo. Por otra parte, sabemos que, una vez terminada la guerra, Lucky Luciano fue excarcelado y repatriado a Italia, tras haber cumplido tan sólo diez años de condena. Al mismo tiempo, nos cuesta creer que la operación *husky*, esa acción militar secreta que llevaría al desembarco de las tropas americanas en Sicilia y marcaría el comienzo de la eliminación de los nazi-fascistas en el frente italiano, fuera revelada a una pandilla de mafiosos. Además, el ejército norteamericano tenía poder suficiente como para no necesitar de la participación activa de la mafia. Por otro lado, el respaldo de los hombres de honor hubiera sido más fructífero una vez conquistado el territorio siciliano, con el fin de mantenerlo bajo el control aliado una vez que el ejército se hubiera marchado.

Cuando las tropas Aliadas desembarcaron en Sicilia, en la noche del 9 al 10 de julio de 1943, no dudaron en liberar a los mafiosos detenidos durante el fascismo y colocarlos en sitios de responsabilidad pública, incluso en las alcaldías de algún pueblo. Es el caso, por ejemplo, de los *padrinos* don Calogero Vizzini y Giuseppe Genco Russo nombrados alcaldes (respectivamente) de los pueblos de Villalba y de Mussomeli, en la provincia de Caltanissetta, en el centro de Sicilia. Se trataba de los dos mafiosos más poderosos de toda la isla.

El final del fascismo y el comienzo de la guerra civil

El Gran Consejo del Fascismo, reunido el 24 de julio de 1943, votó una moción de censura contra su jefe, mientras que el rey, al día siguiente, mandó detener a Mussolini colocando al mando de Italia al mariscal Pietro Badoglio. Acto seguido, y de manera clandestina, comenzaron a establecerse contactos entre el ejército italiano y los ejércitos aliados para pactar el cese de las hostilidades. La firma de la paz entre Italia y las potencias Aliadas se concretó el 3 de septiembre y se hizo pública el día 8. La noticia de la inesperada rendición descolocó a muchos soldados italianos que seguían luchando contra los angloamericanos al lado de las tropas nazis presentes en la península. El rey y Badoglio, evidentemente, no se sentían seguros en Roma, y decidieron abandonar la ciudad para replegarse en Brindisi, una localidad de la región meridional de Apulia, frente a Albania, bastante aislada del

conflicto. Al día siguiente, las tropas dirigidas por el británico Alexander y el norteamericano Clark desembarcaron en Salerno, logrando que el país, el 1 de octubre, se liberara de las tropas alemanas, de Sicilia a Nápoles. Ese momento coincidió con el comienzo de una guerra dentro de la guerra. Benito Mussolini, liberado por las tropas nazis el 12 de septiembre, formó la República Social Italiana, que gozaba del apoyo de Hitler y cuyos signos de identidad eran la recuperación del fascismo inicial (incluso del protofascismo). Esa especie de Estado títere en manos del *Führer* influyó en todo el centro-norte hasta Roma, liberada a principios de junio de 1944. Su sede logística era Salò, una pequeña localidad a unos 140 km al este de Milán. Mientras, el reconstituido Reino de Italia acabó declarando la guerra a la Alemania nazi, el 13 de octubre de 1945.

En Italia la situación era cada vez más delicada. El sur, liberado, estaba bajo el control conjunto de Badoglio y de los Aliados, empeñados en rescatar al resto de la península. En el centro-norte coexistían la República Social Italiana y el ejército alemán, por un lado, enfrentados a unas fuerzas nuevas formadas por paramilitares antifascistas, los partisanos y al ejército regular (y a las tropas aliadas), por el otro. A lo que hasta ese momento había sido únicamente un conflicto entre Estados, se le sumó una lucha fratricida entre italianos de un bando y del otro. En Italia la guerra terminó el 25 de abril de 1945.

La camorra napolitana

Cuando se habla de mafia en Italia, a menudo se limita el análisis al crimen organizado siciliano. Sin embargo, es oportuno contemplar también otras dos organizaciones de tipo mafioso: la Camorra napolitana y la 'Ndrangheta calabresa. La llegada del fascismo pilló a la Camorra napolitana con el pie cambiado. Unas acertadas operaciones policiales habían culminado con un juicio muy conocido en la ciudad, el «juicio Cuocolo», que llevó a la condena de numerosos camorristas. Ese proceso dejó tan mermada la organización criminal que ésta se disolvió. A partir de ese momento, y durante un tiempo, solo hubo grupúsculos conformados por delincuentes aislados. Sin embargo, la actitud camorrista estuvo lejos de desaparecer. El fascismo se difundió en Nápoles, aupado por veteranos de la Primera Guerra Mundial, pequeños burgueses y ciudadanos que consideraban a Mussolini como la persona perfecta para que se reformara la política, saneándola de la corrupción y de la infiltración mafiosa.

Cuando el Duce llegó al poder, el delincuente más conocido de Nápoles era Michele Aria. Era de complexión fuerte, bajo y violento. Mantenía cierto control territorial de algunas zonas de la ciudad y se dedicaba a la explotación de la prostitución y a la extorsión. En Nápoles se enfrentó a los

demás delincuentes en peleas o tiroteos. Les ganó a todos, y cuando se impuso incluso a Alberto Fraumene, considerado el principal camorrista de la época, su poder ya no tuvo ningún obstáculo. Sin embargo, su actividad de usurero llevó a una de sus víctimas, un comerciante de la ciudad, a suicidarse debido a la imposibilidad de devolverle el dinero. La policía, que a menudo hacía la vista gorda cuando se trataba de peleas o ajustes de cuentas entre delincuentes, reaccionó cuando la víctima era un honrado ciudadano. Michele Aria huyó y se refugió en Estados Unidos, donde las actividades mafiosas dominadas por familias sicilianas, calabresas y napolitanas ya habían copado el mercado ilegal. Una vez en Nueva York, Aria ostentó una actitud de jefe criminal, lo que no gustó a los clanes sicilianos, mucho más organizados y poderosos que los napolitanos. Cuando éste intentó oponerse a que Cosa Nostra extorsionara a sus conciudadanos, los sicilianos lo mataron. En la ciudad norteamericana, una vez fallecido Michele Aria, otro camorrista de renombre que, a su vez, había abandonado Italia, Giuseppe Barraccano, se convirtió en el principal enemigo de los sicilianos, los cuales poco tardaron en eliminarlo. Los dos principales camorristas de esa época habían muerto lejos de su ciudad y perdiendo esa especie de guerra contra los clanes sicilianos.

En Italia, durante los veinte años del fascismo el monopolio de la fuerza no podía estar en manos de grupos criminales. Era el Estado el que la detentaba. Al no haber elecciones, no hacía falta ni siquiera esa compra-venta de votos que, de alguna manera, lograba la perpetuación del sistema mafioso en determinadas áreas del país. A nivel mediático, además, el espacio reservado a los sucesos de crónica se había reducido de manera considerable, obstaculizando todo tipo de emulación posible. También ocurría que no pocos camorristas habían sido, de alguna manera, fichados por el régimen para incorporarse en grupos que tenían como tarea la de mantener el orden en la ciudad, sin muchas restricciones sobre los métodos utilizados para ello. Pero también hubo quien rechazó comulgar con el régimen y se opuso a él.

Cuando la camorra estuvo a punto de recuperarse, una contundente operación policial la derrotó definitivamente. Eso ocurrió en 1927 en la provincia de Aversa cuando 4.000 personas fueron detenidas. Durante el fascismo la criminalidad organizada napolitana desapareció. Logró reactivarse de sus cenizas solo tras el final del segundo conflicto bélico.[17]

17 G. Di Fiore, *La camorra e le sue storie*, 2021, pp. 128-137.

La 'Ndrangheta calabresa

Una vez terminada la Primera Guerra Mundial, la situación económica del país, como vimos al principio del capítulo, era bastante complicada. En Calabria, región ya de por sí en permanente dificultad, los apuros provocados por el conflicto eran aún más apremiantes. La población era cada vez más agresiva y desahogaba sus frustraciones contra las fuerzas del orden, a las que atacaban provocando a veces muertos o heridos entre los agentes. Quienes habían luchado en el frente, de regreso a casa, y viendo que el trabajo escaseaba, habían contribuido a engordar las filas de los clanes.

Cuando Mussolini llegó al poder, su discurso sobre la lucha contra la criminalidad organizada no incluyó a Calabria. La 'Ndrangheta parecía no existir para el Duce y los suyos. Si, como vimos más arriba, los camorristas emprendieron la ruta Nápoles-Nueva York, los 'ndranghetistas —por lo menos algunos de ellos— hicieron lo contrario: volvieron a Calabria desde Estados Unidos en pleno periodo fascista. Una vez regresados, no fueron pocos los que conformaron una especie de grupos de defensa de los terratenientes o los que obtuvieron cargos en el nuevo régimen. Sin embargo, como ya ocurrió con la Camorra, no todos los malhechores calabreses se alistaron al Partido Nacional Fascista (PNF). De hecho, hubo incluso advertencias a «no acercarse a los afiliados al PNF ni formar parte de sus reuniones»,[18] así como a verdaderos castigos infligidos a quienes habían votado a los fascistas en las elecciones de 1924.[19]

El régimen desde luego no fue tibio con la 'Ndrangheta. Tal y como ocurrió ya con la Cosa Nostra y con la Camorra, Mussolini no podía permitirse que unos grupos criminales sustituyeran al Estado y pretendieran tener más poder que él. Sin embargo, la represión contra la mafia calabresa empezó solo en 1927, un año después del sitio de Gangi, en Sicilia, y culminó con la detención de 130 'ndranghetistas. Las redadas no tuvieron el mismo efecto mediático que las del *Prefetto di Ferro*, y la amnistía de 1932, concedida como gesto de benevolencia en los diez años de la marcha sobre Roma, prácticamente acabó devolviendo a las calles de Calabria a aquellos mafiosos que habían sido detenidos.

Un años más tarde, en 1932, comenzó otra oleada represiva que llevaría a la cárcel a unas 400 personas afiliadas a los clanes. Eso había sido posible gracias a la colaboración de dos afiliados, algo nada común en la 'Ndrangheta, basada en vínculos familiares de sangre y, por lo tanto, menos vulnerable a traiciones internas.[20] Entre los detenidos estaba también Francesco Filastò,

18 A. Nicasio y N. Gratteri, *Padrini e padroni*, 2016, p. 50.

19 J. B. Trumper, A. Nicasio, M. Maddalon, y N. Gratteri, *Male Lingue. Vecchi e nuovi codici delle mafie*, 2014, p. 47.

20 E. Ciconte, *'Ndrangheta*, 2011, p. 58.

ya activo en Estados Unidos y, de regreso a Italia, convertido en el jefe supremo del crimen calabrés y condenado a once años de reclusión. En prisión, solo se quedará hasta 1937. Un año más tarde será otro pez gordo, Michele Campolo, a acabar entre rejas, donde morirá en 1944.[21]

Conclusiones

En este capítulo se han analizado las tres mafias italianas durante el periodo fascista. Se ha hecho especial hincapié, como es lógico por su mayor presencia criminal, en la mafia siciliana, pero también se le ha dedicado espacio a la Camorra napolitana y a la 'Ndrangheta calabresa. Las conclusiones a las que hemos llegado es que Mussolini, y en general el fascismo italiano, no pudo permitir que dentro del país operaran fuerzas ilegales organizadas, que se opusieran a las reglas del Estado. La fórmula weberiana según la cual solo al Estado se le permite el monopolio de la fuerza se veía mermada por la presencia de grupos criminales organizados en tres regiones italianas. La reacción del fascismo en contra de dichas organizaciones fue contundente, recurriendo, a menudo, a un exceso de fuerza. Sin embargo, lejos de poder acabar con esa lacra, la ofensiva del fascismo contra las mafias italianas se limitó a la persecución de los mafiosos de bajo nivel, evitando entrar a investigar en lo que realmente permitió a la mafia perpetuarse, su connivencia con la política. Ese fue el principal error del fascismo italiano: no haber apuntado más alto en esa lucha contra Cosa Nostra, Camorra y 'Ndrangheta, sino haber parado su labor de contraste antes de acabar con las tres organizaciones.

Por otra parte, también hay que destacar que, de las tres mafias, solo Cosa Nostra parecía estar peligrosamente activa a principios de los años veinte. La Camorra, por su parte, no gozaba todavía de esa estructura que la ha convertido hoy en una de las principales amenazas para el país. Por su lado, la mafia calabresa estaba viviendo una fase todavía arcaica y muy rural; tanto es así que para el fascismo no comportaba ninguna preocupación. Mussolini se fijó poco en Calabria, por lo general, lo cual conllevó que ese abandono comprendiera también el crimen organizado. Eso sí, cuando algunos camorristas y 'ndranghetistas se marcharon a Estados Unidos (por negocios o simplemente para huir de la justicia italiana), chocaron con la presencia de los sicilianos, cuyo entramado criminal era mucho más poderoso. Quien se enfrentaba a Cosa Nostra en los EE. UU. acababa sucumbiendo.

21 N. Gratteri, y A. Nicaso, *Storia segreta della 'Ndrangheta*, Milano, Mondadori, 2018, pp. 76-80.

Bibliografía

CASARRUBEA, Giuseppe y CEREGHINO, Mario José. *Operazione Husky*. Roma: Castelvecchi, 2013.

CICONTE, Enzo. *'Ndrangheta*. Soveria Mannelli, Rubbettino, 2011.

CONDORELLI, Giambattista. *Operazione Husky, storia e cronaca dello sbarco in Sicilia*. Acireale: Bonanno, 2011.

DE FELICE, Renzo. *Mussolini il fascista*. Torino: Einaudi, 2005.

DICKIE, John. *Cosa Nostra. Storia della mafia siciliana*. Roma-Bari, Laterza, 2004.

DI FIORE, Gigi. *La camorra e le sue storie*. Milano: UTET, 2021.

FRATTINI, Eric. *Mafia S.A*. Madrid, Espasa, 2005.

GALBRAITH, John Kenneth. *Il crollo*. Milano: BUR, 2009.

GAMBETTA, Diego. *La mafia siciliana. El negocio de la protección privada*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2007.

GRATTERI, Nicola y NICASO, Andrea. *Storia segreta della 'Ndrangheta*. Milano: Mondadori, 2018.

GENTILE, Emilio. *Fascismo*. Madrid: Alianza, 2004.

LANARO, Silvio. *Nazione e lavoro*. Venezia: Marsilio, 1979.

LUPO, Salvatore. *Storia della mafia*. Roma: Donzelli, 2004.

MORI, Cesare. *Con la mafia ai ferri corti*. Napoli: Pagano, 1993.

NICASIO, Andrea y GRATTERI, Nicola. *Padrini e padroni*. Milano: Mondadori, 2016.

PETROTTA, Francesco. *Politica e mafia a Piana dei Greci da Giolitti a Mussolini*. Palermo: La Zisa, 2001.

TRUMPER, John B.; NICASIO, Antonio; MADDALON, Marta y GRATTERI, Nicola. *Male Lingue. Vecchi e nuovi codici delle mafie*. Cosenza: Pellegrini, 2014.